

ORAR EN EL MUNDO OBRERO

Domingo de Pascua (21 de abril de 2019)

(Comisión Permanente de la HOAC)

Me dispongo a la oración con estos textos

La razón de nuestra vida cristiana, de nuestra fe en la eternidad y en la vida futura, encuentra su máxima justificación en la Resurrección de Cristo. En Él descansa también la esperanza que tenemos, en la vida de aquí abajo. Y hoy, Domingo de Pascua, nos dicen cómo se levanta Dios para hacer Justicia. ¡Aleluya, aleluya, caminante! (Rovirosa, OC, T.V. 431-432).

La santidad es vivir en unión con él los misterios de su vida. Consiste en asociarse a la muerte y resurrección del Señor de una manera única y personal, en morir y resucitar constantemente con él (GE 20).

Desde la resonancia de estos textos, me sitúo en la vida

Y en esa existencia cotidiana, contra toda esperanza, descubro los signos de vida y resurrección a mi alrededor. Desde su espesura entono esta profesión de fe:



Creemos en Jesús resucitado

*Creemos en Jesús resucitado,
que no volvió a la luz
para morir de nuevo·
sino rompió para siempre, con la fuerza
del Padre,
la espada ensangrentada de la muerte·
Y se llenó de vida,
de la vida de Dios que el amor mantiene sin
descanso·*

*Ni el sepulcro vacío,
ni las viejas profecías,
ni la penosa fe de los discípulos,*

*ni siquiera los bellos relatos de la Pascua
nos han hecho creer que Jesús estaba vivo·*

*Lo hemos visto nosotros·
Tomás o Magdalena,
las madres, los amigos,
millones de creyentes
por los siglos de la historia
fueron preparando con su fe y su esperan-
za nuestro encuentro·*

*No sabemos decir cómo lo vimos·
Nadie ha sabido nunca·*



*Si alguien un día
viniera a demostrárnoslo,
le diríamos cosas como estas:
Jesús no es un problema de álgebra,
ni una fórmula química,
ni un platillo volante,
ni un raro documento
del archivo celestial.*

*Las cosas importantes de la vida,
la fe, como el amor,
los cambios decisivos del mundo
y de la historia,
la belleza...,
no se dejan coger por las palabras
Sentimos su presencia como un fuego,
como un inmenso sol que recorre nuestra
sangre,
como una lluvia interna,
como un nuevo perfume contagioso.
Y creemos.
Y amamos.
Y luchamos.
Y vivimos felices.
Y empezamos a inventarnos el futuro.*

*Creemos en Jesús resucitado.
Creemos lo imposible,
la nueva creación del mundo y de los hombres
frente a todas las razones de los listos.*

*Creemos que el amor poderoso del Padre
resucitó a Jesús de entre los muertos.
Que la muerte no puede llevarse vida alguna
que vive más allá de su propio egoísmo.
Que el amor de Jesús
pasó por el estrecho y triste pasillo de la
muerte
al mirador sin fin de la vida total.*

*Creemos que Jesús
está vivo entre nosotros,
más hondo que una música aprendida,
que una bella película reciente,
que un proyecto largamente presentido,
que el recuerdo incesante de un amor deseado.*

*Jesús es el sentido concreto y final de nuestras
vidas,
el sentido de la vida para toda la humanidad:
que ha vivido, que vive y que un día vivirá.
El impulso de toda creación,
el punto de arranque de toda iniciativa,
el ala de toda novedad,
la risa sorprendente de la eterna juventud.*

*Creemos en Jesús resucitado.
Él ha hecho posible lo imposible.
Posible que creamos.
Posible que vivamos de su muerte.
Posible que muramos en su vida.*

(VM Arbeloa, adaptada)

Escucho la Palabra

Jn 20,1-9: Él había de resucitar de entre los muertos.

El primer día de la semana, María Magdalena fue al sepulcro al amanecer, cuando aún estaba oscuro, y vio la losa quitada del sepulcro. Echó a correr y fue donde estaba Simón Pedro y el otro discípulo a quien tanto quería Jesús, y les dijo: –“Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto”. Salieron Pedro y el otro discípulo camino del sepulcro. Los dos corrían juntos, pero el otro discípulo corría más que Pedro; se adelantó y llegó primero al sepulcro; y, asomándose, vio las vendas en el suelo; pero no entró. Llegó también Simón Pedro detrás de él y entró en el sepulcro: vio las vendas en el suelo y el sudario con el que le habían

cubierto la cabeza, no por el suelo con las vendas, sino enrollado en un sitio aparte. Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado primero al sepulcro; vio y creyó. Pues hasta entonces no habían entendido la Escritura: que él había de resucitar de entre los muertos.

Palabra del Señor



Acojo la Palabra

El acontecimiento de la Resurrección es el centro de la historia humana, la intervención definitiva de Dios en la historia humana que abre el camino de nuestra esperanza definitiva que se cumplirá en la venida del Señor. Esta es nuestra fe.

Afirmar que Cristo ha resucitado supone para los creyentes que no cabe otra manera de vivir que aquella que nos hace pasar de la muerte a la vida, que nos hace vivir como hombres y mujeres resucitados que sabemos que la palabra definitiva de Dios es una palabra de Vida, viva y eficaz.

Afirmar que Cristo ha resucitado es decir con toda la fuerza de nuestra vida que solo podemos vivir humanamente como Cristo vivió: entregando nuestra vida por amor para que aquellos a quienes nuestro mundo condena a muerte en vida, puedan vivir una vida plena.

Afirmar que Cristo ha resucitado es vivir con la confianza plena en la fuerza omnipotente del amor entrañable de Dios que sentimos al oír que pronuncia nuestro nombre, que cada mañana nos despierta a la vida, que sigue acompañando nuestro camino, sabiéndonos dispuestos a realizar ese amor en lo concreto de nuestra existencia.

Afirmar que Cristo ha resucitado es tener la absoluta seguridad de que las víctimas son rescatadas, de que la injusticia desaparecerá de este mundo, de que solo el amor nos salva. Y de que el futuro de la nueva humanidad y de la creación está en nuestras manos con la ayuda de Dios y es un futuro ya empezado, posible. Es vivir uniendo fraternidad y justicia.

Afirmar que Cristo ha resucitado es creer que nuestra Iglesia sigue peregrinando hacia la plena comunión que la haga ser sacramento del Resucitado –sacramento de impotencia compartida– en medio de las plazas y calles de nuestros barrios y pueblos, en las periferias de la existencia, más dispuesta a escuchar que a condenar, a compartir camino que a señalar rutas desde la distancia. Es creer que nuestra Iglesia será cada día más pueblo de Dios, más familia de hijos y hermanos, más casa de acogida, para que el mundo crea.

Afirmar que Cristo ha resucitado es saber que los pobres nos salvan cuando su pobreza se hace nuestra pobreza y camino de comunión; saber que nos salvan cuando su humildad se hace nuestra y, así, se hace camino de escucha y acogida con los otros. Es saber que solo el sacrificio de nuestros proyectos en aras de lo que estamos llamados a construir juntos fructifica en el ciento por uno.

Afirmar que Cristo ha resucitado es creer que todo es posible, si también nosotros estamos dispuestos a morir para resucitar con Él.



Con mi proyecto de vida por delante, me pregunto: ¿qué signos de resurrección necesito concretar en mi existencia?

Desde el encuentro con la Palabra, vuelvo a orar

Resucitó

*Resucitó de madrugada:
 ¡para que creyéramos en un Amanecer Eterno de la Vida!
 Resucitó como Señor:
 ¡Él, que se había entregado hasta morir como Siervo!
 Resucitó mostrando las llagas de su Pasión:
 ¡para que descubriéramos el triunfo del Amor que nada niega!
 Resucitó sin que nadie supiera cómo:
 ¡para seguir resucitando en el corazón de los humildes y sencillos!
 Resucitó ante los ojos del Padre:
 ¡donde la Vida florece desde siempre y para siempre!
 Resucitó por la fuerza del Espíritu:
 ¡el mismo Espíritu que fecunda toda entrega de amor!
 Resucitó como Esposo:
 ¡sediento del amor de cada una de sus criaturas!
 Resucitó en una madrugada:
 ¡poniendo fin a todas las noches de tristeza!
 Resucitó en el Tiempo:
 ¡y lo dejó preñado de Eternidad!*

A. López Baeza

Y hago ofrenda mi vida

*Señor, Jesús:
 te ofrecemos todo el día
 nuestros trabajos,
 nuestras luchas, nuestras alegrías,
 y nuestras penas...*

*María, Madre de los pobres,
 Ruega por nosotros:*

